

Toribio Medina, donde debió ser publicado no más allá de la década del sesenta. Tanto la selección como las ilustraciones efectuadas por aquel entonces por Grete Motsny y Eduardo Pino, respectivamente, han encontrado en la actual selección y presentación del profesor Orellana una justificación que realmente nos dimensiona el trabajo del doctor Oyarzún, su amplia cultura, la actualización que mantenía de sus conocimientos y una gran soltura de pluma, concretada en una redacción clara y precisa. El explicativo prólogo de Mario Orellana le sirve para efectuar una periodificación de los estudios arqueológicos nacionales, del cual destaca la fecunda labor del Dr. Oyarzún de manera clara y breve. Realmente llaman la atención los escritos del Dr. Oyarzún sobre las creencias de los antiguos araucanos, como también aquéllos relativos a la aplicación del método histórico-cultural en el estudio de nuestros aborígenes. Resulta curiosa e interesante su defensa de la posición de Lastarria que sobre el modo de escribir la historia llevó a una polémica entre Jacinto Chacón y don Andrés Bello. Argumenta el doctor Oyarzún, en defensa de Lastarria, que si los cronistas no hubieran omitido muchas cosas en sus escritos, más se sabría de nuestros aborígenes. La amplia cultura del Dr. Oyarzún, su desapego al triunfo social y su profunda dedicación a las disciplinas antropológicas, lo constituyen en una figura que honró a nuestro país, ya que no estuvo solo en ese campo en el cual las figuras de Latcham, Guevara, Uhle, Agostini y Gusinde hacían de nuestro país y de nuestro Museo Histórico Nacional un lugar conocido internacionalmente por su prestigio y seriedad. Muy buena presentación con ilustraciones claras y sencillas en un color completan este verdadero tributo de justicia al Dr. Oyarzún y a la cultura nacional.

J. De L.

<https://doi.org/10.29393/At442-41HPJD10041>

HISTORIA DEL PUEBLO CHILENO

Sergio Villalobos R., Tomo I, Santiago, 1980.

Como "una vasta síntesis interpretativa del pasado del pueblo chileno, destinada a sugerir nuevos enfoques" califica su autor a la vasta tarea que se ha propuesto; escribir una historia de Chile, nueva, que supere la historia tradicional, meramente narrativa (sic) para "penetrar en los grandes procesos económicos, sociales, culturales y políticos, con el fin de captar el sentido general de un rumbo". Porque como historia del pueblo chileno entiende el pasado de toda su gente, incluyendo toda la amplia gama de elementos que inciden en la historia desde hechos masivos y anónimos y "mil aspectos de una historia que es la historia de todo".

El primer volumen aparecido abarca desde la irrupción del hombre americano y su asentamiento en el suelo de nuestro país hasta el gobierno de don García Hurtado de Mendoza, precedido de una "Introducción para una nueva historia".

La planificación de la materia que abarca este primer volumen obedece a un orden cronológico en el cual la exposición que corre desde la descripción de la vida aborigen, la llegada del conquistador español, la explicación y ubicación de éste en el contexto de la historia de la península y de la historia europea se trasladan y le sirven para exponer todos aquellos elementos necesarios para explicar el origen y formas de una conquista que es analizada sin ningún tapujo y excluyendo leyendas negras y rosadas.

El estilo de Villalobos —quiéralo o no— es narrativo y de una sencillez y claridad a toda prueba. Es un estilo conseguido en una dura y rígida disciplina sistemática a que el autor se ha sometido desde su juventud. Quizás si un poco didáctico dadas sus anteriores incursiones en textos de nivel medio educacional que le han servido de método y práctica para su actual tarea.

La narración está hecha con gran conocimiento de las materias que maneja, dejando ver la anterior preparación de estos materiales y una reelaboración que es la que le da gran seguridad en la exposición y, diríamos, la intención de abarcar todo. No en vano tanto en las frases citadas como en la Introducción, Villalobos manifiesta un deseo casi teleológico como síntesis final de su vida y su obra. Desea precisamente como lo manifiesta, superar la historia tradicional y ofrecer una nueva historia que sirva de hito para otra visión. Deseo y realización muchas veces no van a parejas y bien podemos estimar que existe una continuidad quizás si inclaudible con esa historiografía nacional, decimonónica, principalmente representada por Diego Barros, los Amunátegui y ya en nuestra época por Francisco Galdames y los preclaros maestros e historiadores Guillermo Feliú Cruz y Ricardo Donoso Novoa. Y esta continuidad a la que hacemos mención, no está ni en la concepción ni en los temas; está precisamente en algo más allá que puede considerarse como una escuela o como un estilo. Si bien los antes mencionados no tuvieron la intención de Villalobos y fueron, podríase decir más localistas, el mérito del autor está en llevar toda esa honrosa tradición histórica nacional por el camino de su vinculación universal. Veremos si Sergio Villalobos es capaz de superar esta tarea; tiene los elementos, el amor propio, la disciplina y la constancia necesarios; es el digno representante de ese honroso pasado, quiéralo o no, el cual lo manifiesta vehementemente con su polémico y personal punto de vista al enfocar la historiografía nacional en su Introducción, que si bien puede considerársela poco objetiva o tendenciosa, refleja precisamente lo que afirmamos. Esperamos en bien del futuro de nuestros estudios históricos la aparición del próximo volumen y de la totalidad de la obra.

J. De L.

CONRADO MENZEL

Mario Cortés Flores, Antofagasta, Universidad del Norte, 1978.

El género de la novela histórica en Chile ha tenido buenos cultores que en pequeño pero entusiasta número han buscado en temas pretéritos y algunos de ellos en duras vivencias, el elemento creador vinculado siempre al acontecimiento real, recreado las más de las veces con poco adorno o con elementos limitantes a la imaginación. Si bien es cierto que el género gusta más al lector que a nuestros escritores, ofrece ricas vetas para quien desee aprovecharlo.

Pero más que cultores, la novela histórica en Chile ha tenido entusiastas lectores desde que nuestros periódicos iniciaran por la década del treinta en el siglo pasado, la publicación de folletines, nacidos al amparo del romanticismo y de novelas de Manzoni, Walter Scott, Dumas, Feval y tantos otros. Este tipo de lectura que fuera tan general en nuestro país hasta los primeros decenios del presente siglo, generó en muchas personas la afición por los estudios históricos y en otros el aprovechamiento de ellos como modelos, pero que no dieron los mejores resultados, quizás si por un defecto muy nacional de una poco desarrollada imaginación creadora.

"Conrado Menzel" es una novela muy particular; podríamos afirmar que muy chilena, genuina y con mucha personalidad en su estructura. En 1.300 páginas se sigue con un indisoluble interés la peripecia de un alemán que llega a radicarse en Chile y que vive principalmente la última época del salitre en toda su dimensión; esto es no sólo en las salitreras sino que —algo que pocos habían realizado— vinculada a todo el ambiente nacional. Si algo tiene "Conrado Menzel" como novela o como relato, volvemos a recalcarlo, es personalidad y construcción propia, buena o mala, libre o caprichosamente construida, pero que es lo que le da y le